
DISCUSIONES SOBRE ECONOMÍA

Por Pablo David Tonelli *

CRECIMIENTO Y LUCHA SOCIAL POR EL INGRESO

...”Hubo un tiempo que fue hermoso y fui libre de verdad...” cantaba SUI GENERIS. Hubo un tiempo en que el reparto de la riqueza se aproximaba al fifty/fifty (en el inglés del General) y que coincidió con la juventud de los integrantes del mundo del trabajo que hoy en la cincuentena son trabajadores formales o informales, desocupados o cuentapropistas. Los dirigentes sociales y sindicales de la Argentina fragmentada y pauperizada de hoy no conducen poderosas organizaciones de la clase trabajadora organizada por rama de la industria. Son en cambio un conglomerado heterogéneo de representaciones diversas. Los asalariados formales son en el 2007 aproximadamente el 39 % de la fuerza laboral y más del 44 % de los asalariados no están registrados, amén de los que continúan desocupados. Si seguimos los datos oficiales de la distribución funcional del Ingreso, la masa salarial habrá recuperado en el 2007 aproximadamente los niveles del fin de la convertibilidad (2001) y si bien ha crecido un 7,6 % entre 2004 y 2006 (no hay obviamente datos finales del presente año) a expensas de una caída en la tasa de crecimiento del excedente bruto de explotación (remuneración del capital) y de los pequeños patrones y cuentapropistas, la distribución es aún más regresiva que en 1993, en plena vigencia de la Convertibilidad. (fuente Dirección de Cuentas Nacionales del INDEC y CTA).

La velocidad de la recuperación de nuestro país permite afirmar que cerramos un quinquenio con una expansión promedio del producto del 8,8 %, solo igualable a la expansión de hace un siglo (1903/1908), según la feliz metáfora de FIDE.(Fundación de Investigaciones para el Desarrollo). Vale decir que sólo se acumuló tanta riqueza en tan poco tiempo en nuestra historia económica en la vieja Argentina de “las vacas gordas y los peones flacos”, en los albores del primer Centenario.

Deseamos un país que crezca y genere una creciente inserción social. La Argentina, a pesar del deterioro y la pauperización, conserva en su imaginario social el recuerdo de una mayor igualdad, la que fue vivida y disfrutada por los jubilados actuales y los trabajadores de mayor edad. Es por eso que la expresión **recomposición salarial** posee una fuerza y una vigencia para el sindicalismo y las organizaciones sociales que trasciende la

* Economista justicialista

disputa en curso. Ahora bien hagamos la pregunta con todas las letras: ¿A qué grado y a qué ritmo, debe recuperarse el salario?

Esta no es una pregunta inocente, suponiendo por un instante que tales preguntas existen. No tiene una respuesta “técnica”. Tampoco tiene una respuesta no vinculada al compromiso ideológico el definir cuál es la proporción de beneficios empresarios en el ingreso nacional que asegure la formación de capital en el largo plazo.

La fragmentación, segmentación y presencia de altos niveles de informalidad en el mundo del trabajo y la vigencia de tasas todavía altas de desocupación (considerando como desocupados a los que perciben planes sociales) no permiten tener una única estrategia para el tratamiento de la cuestión salarial si lo que se desea es la inclusión social.

A la discusión en convenciones colectivas de los asalariados formales se debe agregar una acción del Estado para mejorar los ingresos de los trabajadores precarizados y desocupados y mejorar la diferente percepción de ingresos que han tenido los diferentes estratos sociales como fruto de la pujanza del crecimiento económico. Esto sólo se logra a través de transferencias directas y asignaciones universales específicas (ingreso garantizado, hijo, escolaridad, maternidad, etc).

La estrategia favorable al proceso de acumulación también debe atender a la formación de capital local, al fortalecimiento del Estado y de las pymes. La economía argentina se encuentra concentrada y altamente extranjerizada, lo que no favorece el proceso de disciplinamiento y regulación del capital. Por otro lado para armonizar la impronta distributiva con el nivel de rentabilidad empresarial, el Estado debe conjugar su política cambiaria, fiscal y monetaria a favor de expandir las actividades industriales con mayor valor agregado, promocionar fiscalmente la formación de capital en las pymes y sectores específicos, gravar las transferencias de capital de empresas de capital local a empresas extranjeras y crear mecanismos crediticios de largo plazo para el financiamiento de la Inversión productiva.

Dado que el salario es también un precio, la puja distributiva instalada en la Argentina hace que también sea un precio que crezca menos que otros precios, como el de los bienes industriales y/o agropecuarios, por ejemplo y el de los bienes que se adquieren con éste (alimentos, p.e) La inflación es una manifestación de la lucha social en torno al ingreso y de la licuación del salario real.

El Estado debe conducir, con habilidad y sutileza un proceso de recomposición del ingreso popular con mantenimiento de la rentabilidad del capital a partir de una fuerte decisión política y de la fijación de un plan estratégico productivo de largo aliento. Los instrumentos existen. Nada de lo que se haga o deje de hacer implica neutralidad en la discusión en curso.

EL DEBATE SOBRE LA INVERSIÓN ¿INVERTIR EN QUÈ?

Existe un consenso, casi un lugar común, en el debate económico argentino actual (noviembre 2007) sobre la necesidad de incrementar la inversión privada para continuar con la senda del crecimiento. Pero como voy a

exponer a continuación, no todos queremos decir lo mismo al decir esto. Es más, bajo la noción “incrementar la inversión” se expresan concepciones abiertamente diferentes sobre las condiciones en qué ésta debe generarse, a qué sectores debe aplicarse, o sobre el rol de la inversión externa directa, por caso. La misma cadena de significantes, dirían algunos, deja abierta distintos significados.

Se ha expresado mucho y de diferentes maneras, particularmente durante el último año, “que el crecimiento económico en la Argentina se encuentra limitado por el comportamiento de la oferta (lento) en relación con la pujanza de la demanda”....En general, para el pensamiento ortodoxo, el crecimiento es regido por una formulación matemática, la función de producción, que vincula en diferentes grados el capital y el trabajo disponibles en una sociedad. Dado que en la Argentina desde el 2002 a la fecha, la disponibilidad del trabajo, amplia y sin restricciones al inicio de la actual etapa de crecimiento (por la inédita desocupación, el bajísimo nivel salarial y la precarización generalizada de las condiciones laborales) se ha agotado en esas condiciones iniciales y el alto nivel de ociosidad que mostraba el capital instalado, también, la Argentina sólo puede, como resultado de la actual combinación de sus factores productivos, crecer a una tasa “natural” (lo que queramos significar con esto) que opera como una restricción del lado de la oferta (“output gap”, en fino) que hace que la demanda y la acumulación de capital se comporten de acuerdo con estas restricciones. Es decir la Argentina, para esta concepción, tiende a crecer de acuerdo “a su sendero de largo plazo” (sic) a una tasa ostensiblemente menor que la actual, empleando sus recursos productivos existentes en su nivel óptimo. En caso contrario el “fantasma inflacionario” hará crujir el sistema por la incapacidad de la oferta de asistir los requerimientos de la demanda. Excepto.... (cha chan, cha chan, o sea misterio develado) que el ahorro externo (entrada de bienes y capitales del exterior) supla la insuficiencia del ahorro interno y la demanda de consumo y de Inversión sea cubierta por estos, los que presionarían fuertemente para bajar el tipo de cambio nominal.

Desde una óptica diferente (Keynes, Kalecki, entre otros) el límite principal que encuentra el crecimiento en una economía capitalista está dado por la demanda. En pocas palabras, el problema no pasa simplemente por incrementar la capacidad de ahorro de una Economía, ya que el mismo puede salir del proceso productivo y atesorarse o fugarse como divisa al exterior, **el problema es incrementar el porcentaje del ahorro que se destina a la Inversión**, que en el corto plazo se comporta como demanda de bienes de capital y de otros bienes asociados a la producción y en largo plazo (cuando sea que esto llegue) en mayor oferta productiva. El capitalismo es después de todo como decía Sraffa un sistema de producción de mercancías por medio de mercancías. El único ahorro que fluye a la producción es aquél capaz de transformarse en demanda de Inversión.

No parece, además, que exista una magnitud fija capaz de cuantificar la Inversión en relación con el producto para dar una idea satisfactoria de un crecimiento esperado. (decir por ejemplo que 4 puntos más de inversión son de inicio la clave de superar los problemas de nuestra economía) Similares tasas de crecimiento de la inversión en relación con el PBI han producido resultados dispares en el crecimiento en diferentes países. Y esto por qué?

La respuesta a esta pregunta la hallamos en una antigua controversia de la Economía Política denominada la “controversia del capital de Cambridge”, que tuvo lugar en los años 60 en Inglaterra, teniendo como protagonistas fundamentales a Joan Robinson y Piero Sraffa contra la tradicional función de producción que había sintetizado Solow. Cuál es la crítica de estos economistas a la tradicional “función de producción”, que vimos al inicio de este artículo, que supone que los procesos productivos son una combinación de la dotación de capital y trabajo de cada Economía. Para la crítica de Cambridge **el capital no es homogéneo**. Vale decir no es lo mismo invertir U\$S 1.000.000 en software, laminados de acero, confecciones textiles o aluminio. Si no es lo mismo invertir en cualquier cosa, la ecuación que combina los recursos de capital con el trabajo se invalida.

La tasa de inversión deseada para una economía en desarrollo como la Argentina pasa a entonces por definir los sectores en los cuales debe afincarse su crecimiento y su generación de valor para tener una magnitud de la acumulación necesaria del capital.

A partir de Keynes entonces la cuestión sería como sostener la demanda de Inversión basada en el ahorro interno, con un crecimiento del consumo menor al crecimiento del producto, que permita crecer robusteciendo en el corto plazo la demanda de inversión a costa de sacrificar el consumo suntuario de los sectores de mayor poder adquisitivo. Esto en el marco de Lineamientos Productivos que enfatizan cuál es el modelo de desarrollo sectorial y regional deseado.

¿CRECER A UN RITMO MENOR?

Existe un conjunto de observaciones sobre la marcha de la economía argentina, repetidas en primer lugar por los representantes tradicionales del pensamiento económico y amplificadas y reiteradas por los medios, que ponen el acento en el actual ritmo de crecimiento del gasto público y su contribución directa a la inflación vía incentivo de la demanda. Por otro lado, muchos de los sostenedores del actual modelo económico, desde la heterodoxia, insisten en que la desaparición de las condiciones iniciales del actual proceso de extraordinario crecimiento post-convertibilidad, que se dieron con una alta capacidad ociosa en la industria, con la disponibilidad de mano de obra barata (por efecto de la depresión económica previa y la desocupación) y con energía instalada sin utilización plena, han desaparecido. Es decir cruje la oferta productiva y la demanda se expande rápida y frenéticamente.

El más elemental sentido común intentaría, dicen, crear un consenso sobre la necesidad de frenar el impulso de la demanda. Los ortodoxos claman por enfriar explícitamente la economía, subiendo la tasa de interés, dejando flotar el tipo de cambio para inducir su baja nominal y buscando que la política monetaria trabaje sobre objetivos de inflación. En el ínterin el mercado, incrementadas las tarifas de los servicios públicos, irá incrementando la oferta energética, a la vez que al dejar de expandirse la demanda, se contraerá el ritmo de crecimiento de los precios, es decir, la inflación. Los heterodoxos que comparten el diagnóstico de “consenso” pero apoyan al modelo y consideran a las nociones “enfriar”, “ajuste”, “contracción”, “caída de la paridad cambiaria” como políticamente incorrectas, se expresan en términos de “mantener un tipo

de cambio competitivo” (que es el tipo de cambio nominal actual a secas), proponen un crecimiento para el año 2008 y en adelante digamos en torno al 6 % anual, “consistente con las posibilidades de largo plazo de incremento del producto bruto potencial” (lo que sea que esto signifique), con un “superávit fiscal más robusto”, lo que ya aparece bosquejado en el Presupuesto 2008 en relación con el ritmo de crecimiento del gasto y los recursos tributarios.

En castellano digámoslo así: Para combatir la inflación hace falta detener la demanda, se crea que ésta es la causa exclusiva, la más importante, o tenga una gran gravitación en la marcha ascendente de los precios y crecer a tasas más moderadas que las tasas de crecimiento “chinas” del 8,8 % promedio del último lustro.

Nadie lo dice, pero crecer menos implica una menor expansión del empleo, cuyo crecimiento, viene mostrando una expansión cada vez más reducida en relación con el crecimiento del producto. Por otra parte es consistente que la elasticidad se comporte así y no como al inicio del proceso post-convertibilidad. No es necesario un cálculo complejo para pensar que el crecimiento que se pretende, descontado el crecimiento vegetativo de la población y por ende la incorporación de jóvenes al anualmente mercado de trabajo pronostica un ritmo significativamente menor de reducción de la desocupación y problemas seguramente en el segmento de los más jóvenes, una franja etaria muy castigada ya entre los desocupados. Además una reducción del crecimiento del empleo incide sobre otras dos cosas: El salario y la formalidad laboral. Más desocupados presionan el salario a la baja y constituyen un obstáculo a la solución de los problemas de la precarización laboral. ¿ O nos decimos que la actual tasa de desempleo ya casi, casi, casi..... se aproxima al nivel de “pleno empleo” y entonces queda más o menos ahí?

Además qué la reducción de la tasa de inflación incide positivamente sobre el salario real es indiscutible, pero queda la sensación de que la distribución del ingreso tiende a congelarse en este punto, ¿o no?

En un párrafo anterior me refería al consenso basado en el sentido común. La ciencia se construyó en Occidente desconfiando precisamente de lo que parecía evidente. Los precios aparecen impulsados por la demanda, es cierto. Pero la **demanda que impulsa los precios**, con una distribución del ingreso todavía peor que a inicios de la convertibilidad (aún con la expansión de la masa salarial de los sectores populares) es otra. **El consumo de los sectores de mayor poder adquisitivo**, apalancados incluso por el uso del crédito bancario, es el que se encuentra desbocado. Esto puede contenerse con medidas del BCRA que incrementen el encaje bancario de este segmento y lo encarezcan al nivel de esterilizarlo. O incrementar los impuestos internos sobre una canasta de bienes suntuarios. O finalmente establecer una reforma impositiva de carácter progresivo que grave la renta financiera. O segmentar el mercado de los combustibles, subsidiando el gas oil para la agricultura y el transporte público (como se hace actualmente) y liberando adicionalmente el precio del combustible para los automovilistas privados. Faltaría agregar además medidas que incentiven el ahorro y no el consumo de estos sectores, como ser expandir el mercado de deuda de las empresas a través de instrumentos específicos. La sobre tasa impositiva al consumo suntuario y el establecimiento de retenciones a la actividad minera, en línea con el incremento de los precios de los minerales, por ejemplo, otorgarían fortaleza al

superávit fiscal, que es deseable, pero no obligan a contener el incremento de la jubilaciones ni la recomposición salarial del sector público, por caso.

Me pregunto también si la planificación de las necesidades de consumo de gas oil para el 2008 de los usuarios del sector agropecuario, de consumo de fuel oil de la usinas privadas industriales y de las usinas de generación de energía en general no permite afrontar su costo, aún con un sistema que al menos durante unos años operará al límite en momentos puntuales del ciclo y si ese costo no puede ser afrontado e incluso compensado con los ahorros de elevar el precio del consumo de los servicios domiciliarios de los sectores de mayor ingreso y de clase media, manteniendo una tarifa social para los más postergados.

Me pregunto entonces si es posible contener la demanda privada de consumo de los sectores de ingresos altos y mejorar la oferta energética sosteniendo la demanda de inversión y el manteniendo la expansión de jubilaciones y salarios públicos.

Si dejar de crecer a tasas chinas implica una decisión de política económica, ¿Es la más adecuada?